

ales, por  
ponerlos  
repuesto  
cesitado  
es moti  
nación,  
habla de  
lo de vi  
a nación  
tado. Se  
de nues  
los han  
de que  
derécen  
lon Qui  
política  
so pena  
que po  
ros!  
té traba  
releer la  
la de los  
a contra  
s, su pa  
ños, pal  
volizan á  
los pin  
dos los  
locuras.  
preciati  
é fundir  
gueses y  
para ad  
ervarlas.  
las glo  
el pecho  
del iro  
ue, des  
u civili  
a misma  
utrido á  
erta. En  
caballos  
os caza  
; la civi  
nuevo, y  
centada:  
bajar en  
hecho á  
no cabe  
destruya  
toria re  
organi  
endrá la

France,  
Se en  
a) y me  
Josefno  
de: «Las  
insupe  
lo, que  
dad y la  
permita  
uidados  
s, el des  
encillas  
teratura  
o vulgar  
igión de  
admite  
señores!  
onvieve  
en este  
oderna.  
los vie  
cia. Au  
que se  
ad. Los  
vivan  
agen de  
en San  
su villa  
i. No es  
otismo  
rbarie.»  
rela us  
con la  
s á emi  
que nos  
amar á  
or de la  
Nos lo

zán.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El que quiera saber cosas nuevas, lea libros viejos; en el caso presente y modificando la sentencia, el que quiera saber cosas nuevas lea también libros nuevos que de lo pasado traten, rebuscando lo curioso y lo olvidado, y recogiendo esos detalles realistas, típicos, que alumbran á veces la historia con viva luz.

Un libro de esta naturaleza acabo de recibir de México—de donde tantos recibo ahora, con extremada gratitud.—Hace pocos días venía á mis manos el tomo XXV de la gran serie que publica el sabio D. Jenaro García, bajo la denominación general de *Documentos para la Historia de México*, y en este instante llega el *México viejo y anecdótico*, de D. Luis González Obregón. Hallo en él algunas noticias de las que los franceses llaman *piquantes*, y que se prestan á glosa ligera, como debe siempre ser la labor del cronista.

La historia es un tejido de muy diversos hilos, entrecruzados y revueltos con nudos y marañas. No hay cosa más opuesta al verdadero conocimiento de la historia que el empeño de la homogeneidad. A distancia, identificamos cosas que antaño andaban, no ya apartadas, sino acaso enzarzadas en pelea. Nuestra influencia en América, los destinos de nuestra raza allí, nos parecen inseparables de la lengua y la literatura. Por boca de la poesía hemos dicho que el viajero que arribe

«á las playas antípodas distantes,  
verá la Cruz del Gólgota clavada,  
y escuchará la lengua de Cervantes...»

haciendo así, del idioma del *Manco*, la forma suprema del españolismo persistente de la América donde corre nuestra sangre y ha hecho casta nuestra progenie. Tiene, pues, que causar alguna sorpresa la noticia de que, á principios del siglo XVII, el *Quijote* estaba prohibido y mandado recoger en México.

Ni más ni menos. Referiré el caso, tomándolo del interesante libro á que vengo aludiendo, *México viejo y anecdótico*.

Su autor, el Sr. González Obregón, es, además de un notable escritor, un erudito, registrador de viejos papeles. Hubo de caer en sus manos diligentes cierto manuscrito, picado honrosamente de polilla, como cumple á un papel hidalgo, y que rezaba en el epígrafe: «Inquisición de flotas venidas de los Reinos de S. M. desde el anno de 1601 hasta el presente de 1610.» Todos los rebuscadores saben que no deben descorazonarse ante un encabezado en apariencia sin interés: González Obregón siguió leyendo, y encontró que, según el reglamento vigente en la fecha del manuscrito, se ordenaba reconocer, á la arribada de los navíos, si llevaban libros prohibidos, para decomisarlos. Eran estos libros, amén de los heréticos, contrarios á la fe y á las buenas costumbres, los que contuviesen materias de Indias ó Artes y vocabularios de lenguas indígenas, que no estuviesen aprobados; y, asimismo, los libros «profanos y fabulosos» y de historias fingidas. Esto estaba expresamente estatuido en las leyes de Indias, anteriores al amarillento papel.

A continuación, el manuscrito declaraba los libros que fueron decomisados en la Veracruz, durante los años que abarcaba. En 1601 fué recogido el *Espejo de caballerías*, por Diego Ortúñez de Calahorra, natural de Nájera; en 1602, la *Historia de Bernardo del Carpio*; en 1604, obras de Ovidio y Lucrecio; en 1605, nada menos que la *Historia general de las Indias*, por López de Gómara, lo más castizo, y por fin, en 1608, «fué recogido y mandado á este santo

Oficio de la Inquisición de México un libro en cuarto, aforrado en pergamino, que dice en su carátula: El Ingenioso Hidalgo Don Qvixote de la Mancha, Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra, Dirigido al Duque de Béjar, Marqués de Gibráleon, Conde de Benalcaçar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos, (Escudo) Año 1605. Con privilegio. En Madrid, por Iuan de la Cuesta—que pareció al Comisario de la Veracruz y Oficiales Reales de la Real Aduana, ser romance que contiene materias profanas, fabulosas y fingidas.»

¿Qué tal? El *Quijote* sufrió la misma suerte que el *Espejo de caballerías*, el cual forma parte de las obras que le secaron el cerebro á don Quijote y figura en el donoso escrutinio hecho en la librería del Ingenioso hidalgo por el cura y el barbero; y fué calificada de obra fabulosa la que sangra realidad del principio al fin...

No incurramos, sin embargo, en la vulgaridad de escandalizarnos excesivamente. Todo lo acaecido en las sociedades que pasaron, tendría la más natural explicación si conociésemos á fondo, en su complejidad y entretijamiento de influencias y causas, á esa misma sociedad. Ni el individuo ni los pueblos suelen aparecer procediendo muy arbitrariamente, cuando se llega á lo hondo, al subsuelo de su psicología y su dinámica. Ciertamente que la Inquisición no se había fundado, ni en España ni en ninguna de las naciones que la tuvieron, para decomisar libros de la índole del *Quijote*. A la misma hora en que lo decomisaba la Aduana de la Veracruz, algún Inquisidor español leería quizás con deleite la regocijada y triste obra maestra del *Manco*. El *Quijote*, en la Península, fué muy bien acogido y leído desde su publicación..., aunque no viesan en él las gentes lo excepcional que vemos ahora.

La última interesante revelación del precioso manuscrito es una nota de vida tan antigua como moderna. Suponed á un novelista insigne, que cruza el Atlántico y se aleja para siempre del suelo natal, dirigiéndose á ejercer un prosaico empleo. Al partir hacia lejanas tierras, este novelista se lleva consigo una novela de recientísima publicación, de la cual se habla entre literatos, y que le hará compañía á tantas leguas de su país, pues representa la actualidad literaria. Suponed que, al desembarcar, pretenden quitarle la novela, y considerad las recomendaciones que buscará para conservarla en su poder. Pues es el caso de Mateo Alemán, autor de *Aventuras y Vida de Guzmán de Alfarache*, *Atalaya de la vida humana*, que, con *Lazarillo de Hurtado de Mendoza*, pudieron ser los libros que sirvieron de modelo á Cervantes en alguna parte de su *Quijote* y en varias de sus *Novelas ejemplares*. Mateo Alemán no era trigo limpio: en España, ejerciendo su cargo de Contador, cogiéronle en no sé qué descubiertos, en ciertas cuentas, por los cuales se le formó causa, y hubo de quedar desempleado; mediarían, así ha solido ocurrir en todo tiempo, recomendaciones, y el acusado fué enviado á Nueva España con análogo destino. Era ya viejo; iba á dejar sus huesos allí, y se llevaba, con estima infinita, la reciente novela del que había de eclipsarles á todos. No podía resignarse á soltar su *Quijote*, y dice el manuscrito: «se volvió el libro por súplica de S. Illma. d. fr. García Guerra, á su dueño Mateo Alemán, Contador y Criado de Su Magestad.»

Este lindo detalle de historia literaria tiene además la ventaja de esclarecer completamente un punto que—en 1876, al publicarse en la colección Rivadeneyra *El Picaro*—se declara dudoso, á pesar del testimonio de Nicolás Antonio: el paso de Mateo Alemán á Nueva España.

Claro es que á pesar de decomisos y prohibiciones, el *Quijote* se paseó á su talante por México. El mismo libro de González Obregón nos cuenta la divertida historia de cómo el virrey le *pisó*, diríamos ahora familiarmente, su ejemplar á un Oidor de la Real Audiencia.

Sin dejar de la mano este libro, *México viejo*, vamos evocando la visión de la vida colonial, allá en los siglos de nuestra dominación pacífica; el período de los poderosos virreyes. Vemos al conde de Revillagigedo, de honrosa memoria, disponerse á tomar su chocolate en bandeja de plata, antes de que el barbero le empolve la peluca y le trence la coleta. Respecto á la bandeja ó más bien salvilla en que al virrey le presentan el oloroso soncusco, puedo forjarme la ilusión de que es la misma en que ahora me lo sirven á mí, guarnecido de bizcochadas y mantecadas. Porque poseo una gran salvilla cuya procedencia mexicana es indubitable. La sostienen elegantemente cabezas, mejor dicho, pequeñas caríatides de indios, expresando perfectamente el tipo de la raza, y en su ancha superficie ostenta las marcas del

platero: una representa las columnas de los pesos columnarios ó mexicanos, y entre ellas la cabecita de Carlos II; otra figura un ídolo, un dios de la mitología indígena. No veo, pues, dificultad en que, dado el rodar de los objetos en traslaciones, ventas y compras, la salvilla que describo sea la misma en que á D. Francisco de Güemes y Horcasitas, cuatragésimo primero de los virreyes de México, que tomó posesión de su cargo el mismo día en que expiraba en España Felipe V, le ofrecían el tazón chinisco, rebosando de hirviente chocolate, que provocaba la verbosidad de D. Ermeguncio.

D. Francisco de Güemes, cuyo retrato he visto mil veces en la escalera del palacio de Revillagigedo en Gijón, hizo cuanto pudo para levantar de su postulación á la Nueva España. La decadencia de los últimos años del reinado de Carlos II había llegado allí, si bien con el retraso natural, y aquello estaba perdido. El virrey trabajó bastante en arreglarlo. Como todos los gobernantes que han de mirar por su gobierno, Revillagigedo madrugaba y se disponía y aseaba muy temprano. La anécdota que refiere González Obregón nos le pinta haciéndose rasurar, desde el día en que tomó posesión del cargo, á las siete en punto. Mientras el *Fíguro* preparaba sus navajas, el conde leía las quejas y solicitudes depositadas la vispera en su buzón, que no serían pocas. Si el virrey era un buen virrey, el barbero era, en su género, una perla única. Como que respetaba el atareado leer del señor, y le afeitaba en silencio, lo cual tiene algo de milagroso é increíble, dada la reputación de verbosidad de estos oficiales. Así es que, cuando Revillagigedo hubo de traspasar el virreinato á su sucesor, el marqués de las Amarillas, sintió cierta melancolía al despedirse de su barbero, y le ofreció la recompensa que pidiese. El rapabarbas solicitó hablar á su talante y capricho los seis últimos días de afeitadura—una semana de desahogo—y pedir una gracia por día. Y tales y de tal calibre las pidió, que probablemente el conde se arrepentiría de haber consentido, al cabo de los años, que un barbero se despachase á su gusto.

Echaríamos de menos los tiempos apacibles—no tan apacibles, sin embargo, como al pronto se creyera—de aquel excelente virrey, si no nos hiciere apreciar los nuestros la entretenida excursión al través de las edades, sobre los modos de viajar, desde el palanquín al automóvil, en el mismo libro.

El primer medio de transporte en aquellas regiones fué el palanquín y las andas. En andas iban—lo mismo que van aquí las imágenes—los ídolos y los emperadores aztecas, y aun los caciques y señores antes y durante la conquista. Los demás mortales, sobre sus pies ágiles y sus piernas musculosas, con la ayuda de un largo palo ó báculo. Cuando llegaron los conquistadores, asombraron sus caballos y yeguas, cual si fuesen seres sobrenaturales, el mito de los centauros realizado. Existía, sin embargo, un original sistema indígena que los dominadores hubieron de probar también: la hamaquilla de redes. En una red y cargándoselos á las espaldas, los transportaban los indios como se transporta un fardo. Ello no sería muy regalado, pero parece que era rapidísimo—no tanto como el tren, todo es relativo en este mundo.—Como que los trasladados así iban pensando si lo que les pasaba era sueño ó encantamiento. A verse don Quijote metido en la hamaquilla, no dejara de atribuir á sus malignos encantadores la travesura.

Un mozo que después fué lego franciscano, tuvo la idea del transporte en carretas de bueyes. Se puede contar entre los bienhechores y hombres útiles á la humanidad á fray Sebastián de Aparicio. Estas carretas, sin embargo, acabaron por convertirse, ni más ni menos que los actuales automóviles en las novelas de Conan Doyle, en instrumentos de rapto y robo.

Vinieron luego los coches, las carrozas, las sillas de manos y literas, sus elegancias artísticas en pinturas y forros, sin hablar de las poderosas mulas, de reposado y continuo andar. Sin embargo, lo de las comunicaciones seguía siendo un tanto dificultoso. Verdad que cuanto nos refiere Obregón por sucedido en México, puede aplicarse á España, donde también, antes de emprender un viaje, hasta principios del siglo XIX, se hacía testamento, se cumplía con la Iglesia, se ofrecían velas á las Virgenes, se empleaban treinta y un días para ir de Santiago á Madrid, y gracias si no aparecían por el camino los *compadres*, ó sea los salteadores y facinerosos, capaces, no diré de cortar un dedo para sacar una sortija, sino de cosas harto peores, que Goya dejó pintadas con el atroz realismo que le caracteriza... Porque en todos estos relatos mexicanos parécenos vernos á nosotros mismos..., y no es espejismo engañoso, sino efectiva semejanza fraternal.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.